

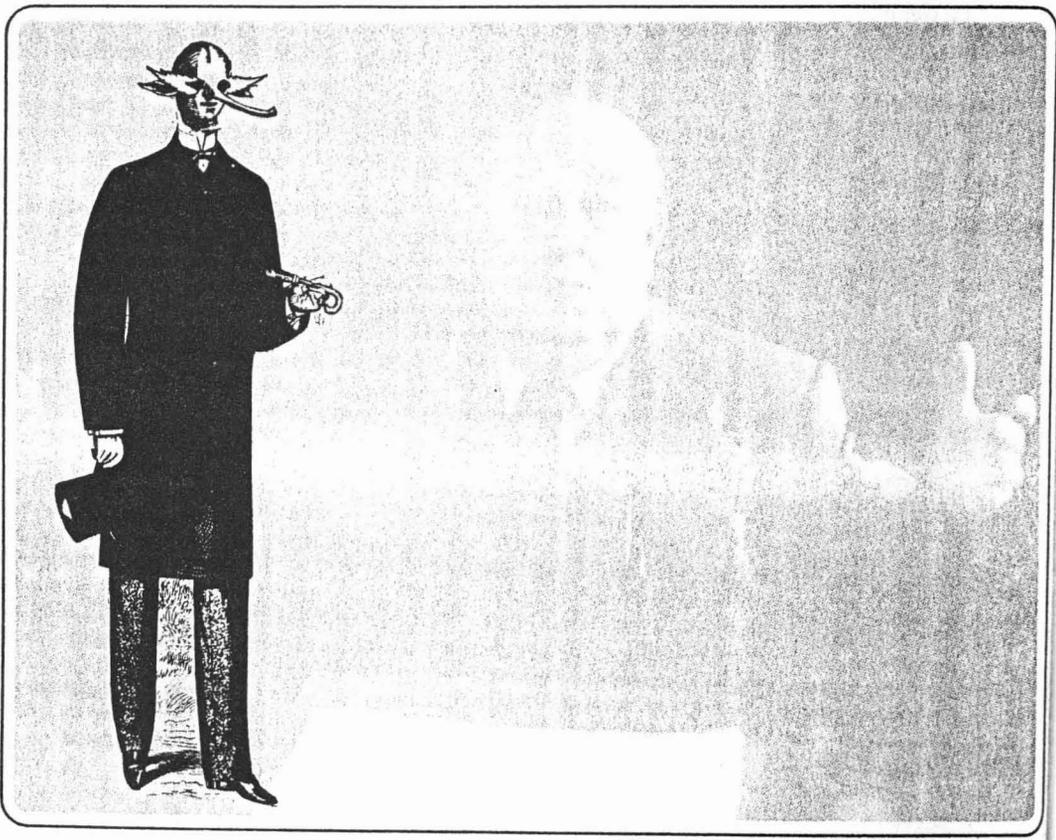
37

T PAULETTE PATOUT A

ALFONSO REYES, MARCEL PROUST Y LA ARISTOCRACIA FRANCESA

En un artículo de 1923 (), Alfonso Reyes había dado pruebas del preciso conocimiento que tenía de la obra de Marcel Proust. De su admiración por su infinita habilidad en la técnica de la novela, de su simpatía por la sensibilidad poética que allí se manifestaba. A su alrededor, en Madrid, se leía cada vez más A la recherche de temps perdu. Unamuno, en su exilio parisino de 1924 y 1925, tenía siempre un libro de Proust sobre su mesa. Por una increíble coincidencia, antes de instalarse en el edificio de la calle Cortambert, Alfonso Reyes ocuparía el mismo apartamento en el que el novelista francés había pasado los últimos tres años de su vida, sito en el quinto piso del número 44 de la calle Hamelin. Don Alfonso se presentó allí, otra extraña coincidencia, el 18 de noviembre de 1924, exactamente dos años después del deceso del novelista. Desde el día siguiente, supo cómo ganarse las simpatías del portero, quien miraba con emoción a "este hombre que viene del otro lado del mundo a pedirle recuerdos de Marcel Proust", y de sus labios recibió un caudal de memorias, impresiones y documentos de primera mano, que resultaban inestimables en aquella época en que el personaje de Proust aún no era bien conocido, y que esa misma noche consignó como pudo en su *Diario*.

En Francia, con mayor lentitud que en el extranjero, la gloria de Proust se iba afirmando, y si bien cuando se instaló en París Reyes se topó todavía con algunas reticencias de Paul Valéry y de Jules Romains, le tocó vivir en un medio literario donde la memoria del autor de *Jeunes filles en fleur* estaba rodeado de un gran respeto, y su valor como novelista ya estaba bien asentado. Valery Larbaud conservaba como recuerdo de su tacto y de su bondad el recado extremadamente gentil y alentador con que Proust le había agradecido el envío de una de sus *Enfatines*, "La Couperet". Larbaud mismo se inscribía en la línea de Proust, y el ascendiente de éste último sobre obras como *Amants, hereux amants* está fuera de toda duda. Marcel Proust, cuya desaparición a los 51 años y en plena actividad literaria era todavía reciente, estuvo pues en el centro de las conversaciones que Alfonso Reyes tuvo con el autor de *Fermina Marquez* y su grupo. Benjamin Crémieux, el amigo de Larbaud, no tardó en convertirse en un asiduo de las cenas amistosas que Reyes ofrecía en la calle Cortambert. Crémieux había sido uno de los últimos corresponsales de Proust, y las ochenta magistrales páginas con que se abre su *XXe siècle*, que acababa de aparecer en París en diciembre de 1924, mostraban bastante hasta qué



punto había entendido los métodos del novelista, el alcance y la estructura de su obra, y la atención que dispensaba al desarrollo de su forma. Ya se adivina el interés de las conversaciones que Alfonso Reyes pudo tener con Crémieux sobre Proust, en quien veía unos de los tres o cuatro grandes escritores franceses de nuestro tiempo, junto con Paul Claudel y Paul Valéry. Pronto encontró en Paul Morand otro testigo de la vida de Proust, uno de sus confidentes a pesar de la diferencia de edades. Sus *Tendres stocks* habían tenido el raro honor de ser prologados por él. En casa de Jean Cassou, Reyes conversó con el doctor Couchoud, editor de las *Mémoires* de Montesquiou. Estos tres volúmenes, llenos de confesiones y hasta de indiscreciones, que acababan de ser publicados en 1923, tomaron lugar en la biblioteca alfonsina junto a la obra completa de Proust en sus ediciones originales y alimentaron sus reflexiones. En ese medio tan favorable, los libros póstumos de Proust que iban apareciendo poco a poco (en 1925 *Albertine disparue*) en 1927 los dos volúmenes de *Le temps retrouvé*, y su correspondencia) eran verdaderos acontecimientos por todos esperados y comentados.

Los hispanoamericanos que rodeaban a Reyes en París consideraban a las novelas de Proust obras maestras de análisis psicológico, del que eran muy aficionados, y documentos testimoniales donde la sociedad francesa desnudaba sus secretos, obras que eran de gran ayuda para captar numerosos aspectos y matices del espíritu francés. Nada complacía más a don Alfonso que oír a su distinguido y joven amigo José María González de Mendoza atraer la atención sobre un paralelo evidente entre uno de los ensayos de *Cartones de Madrid* y un paisaje célebre de *La prisonnière* de Proust. El texto de Reyes fue escrito en la capital española en 1915 o en 1916, a partir de algunos apuntes tomados en el París de 1914. Reyes evoca la algarabía callejera de París y luego de otras ciudades, recuerda los pregoneros y vendedores ambulantes que tenían sendos refranes, las siluetas, pintorescas, cuyas voces y costumbres eran familiares a los vecinos del mundo. Junto con los recuerdos personales, Reyes habría combinado ciertas reminiscencias de los poemas en prosa de Mallarmé. La comparación que se podía hacer ahora con el texto de Proust no era por ello menos inquietante. *La Prisonnière* apareció en 1923, el manuscrito fue puesto en manos del editor por Proust mismo poco antes de su muerte. Según los especialistas proustianos, la obra data de los años de guerra, pero fue profundamente remodelada y modificada por el autor ante el espectáculo de aquel conflicto y las transformaciones que impuso a la sociedad francesa. Así pues, no es fácil saber a qué época se remontan esas páginas que el novelista consagra a los ruidos de París. No sorprende que los dos escritores, viviendo en la misma época y más o menos en los mismos barrios

burgueses, hayan acordado su atención, después de Mallarmé y de muchos otros, a lo que constituía uno de los encantos familiares de aquella ciudad capital. Alfonso Reyes era una hombre atento a la poesía popular francesa; ciertos refranes pregonados por esos hombres de la calle pertenecían legítimamente al folklore francés. Este aspecto *bon enfant* de la capital de un país prestigioso la acercaba por un momento a las calles de México donde los vendedores anunciaban de viva voz, y lo siguen haciendo, sus mercancías, nueces frescas, (botellas-fierro viejo-que-venda...) En cuanto a Proust, sus amigos ya han señalado cuán sensible era a los ruidos y es lógico pensar que haya conservado en su memoria las endechas que habían alegrado su infancia. Cuando esos ruidos humanos desaparecieron, sofocados por los rechinos y las bocinas de los automóviles, Proust hizo tapizar de corcho las paredes de su cuarto. Es verdad que, como conviene a un ensayo, el texto de Reyes es más breve. En Proust, los murmullos de la calles se desarrollan siguiendo los arabescos habituales de su gran estilo a lo largo de una veintena de páginas. Pero en ambos escritores, esas voces con las que la calle manifiesta su presencia poseen el mismo poder evocativo y contienen en potencia, toda la ciudad, sus líneas, sus colores, sus personajes. Los dos han elegido casi las mismas palabras para describir la modificación de ciertos refranes según los barrios y vendedores. De entre el gran número de esas voces, han retenido prácticamente las mismas. "on dit, on dit... Habits, habits... Haricots verts..." Aquellas poderosas voces aún resuenan en sus oídos, algunas tan agudas, dice Reyes, que rompen los tímpanos —y Proust habla de un "pífano menudo y grácil". En los dos textos, la vendedora de *quatre saisons* curva su voluminosa silueta para empujar su carrito. Los cuernos hacen su aparición anunciando los tranvías. La misma nota provincial, y, más precisamente, meridional, está presente en un tamborilero en el uno, en un vendedor de leche de cabra en el otro. El oído de los dos escritores sigue con la misma atención el debilitamiento del grito, su paulatino alejamiento, su desaparición; entonces, los dos hablan de la "muerte" de "expirar al borde del infinito". Reyes ha vuelto a menudo sobre este asombroso acercamiento de los dos textos. Vaciló en señalarlo, nos dice, cuando reeditó *Cartones de Madrid* en el tomo II de sus obras completas. ¿Proust habría leído o habría oído evocar estas páginas de Reyes antes de escribir ese pasaje de *La*



prisonnière Las relaciones de Proust con los medios españoles e hispanoamericanos no eran inexistentes. Había seguido con la mayor atención la acogida que el Madrid literario diera a su obra. Muy satisfecho por la conferencia que José Ortega y Gasset había pronunciado para comentarla, se hizo cargo de que una reseña apareciera en *Le Gaulois* y *Le Figaro*.³ Uno de los mejores amigos de Proust fue Reynaldo Hahn, el gran compositor venezolano que se había establecido desde hacía muchos años en París, pero que no había roto sus contactos con la colonia española residente en París. Hahn había puesto en relación a Proust con su hermana, cuyas ricas colecciones de pintura española, un cuadro de El Greco, algunos dibujos de Goya entre otras cosas, habían dado al escritor francés una idea muy alta del patrimonio artístico hispano. A su vez, el cuñado de Reynaldo Hahn, Federico de Madrazo había ingresado en la familia del escritor. Reyes tuvo noticia de que Proust había tenido un secretario que debía mantener ciertos vínculos con la América Hispana, puesto que en 1921 partió para establecerse en México. Al parecer, don Alfonso le hizo seguir la pista por estos lares. De otra parte, en el curso de los últimos años de la guerra y hasta su muerte, Marcel Proust reci-

bía la visita, con alguna frecuencia según Reyes, de Ramón Fernández. Este escritor era francés, por el lado de su madre provenzal, y mexicano por el de su padre, Ramón Fernández, quien había estado a la cabeza de la legación mexicana en París en las postrimerías del siglo XIX, y cuyo padre había sido ministro de Manuel González hacia 1880. De familia muy acaudalada y aprovechando las relaciones que su padre había hecho en el curso de su misión parisina, Ramón Fernández frecuentaba la aristocracia del Faubourg Saint-Germain, y fue así como conoció a Marcel Proust. De otro lado, la madre de Ramón, al quedar viuda tomó bajo su cargo la dirección de la *Maison de France* en Madrid. Reyes la había conocido en el Café Pombo entre las personas que se encontraban alrededor de Ramón Gómez de la Serna: viene a la memoria el ensayo lleno de simpatía que Reyes escribió sobre *La Maison de France*. Es probable que haya ofrecido a su directora el libro que acababa de publicar... El hijo de ésta tenía en 1917 veintitrés años. Inteligencia activa, ¿no habría podido traducir algunos tramos de la reciente obra de Reyes en el curso de sus visitas, mientras comía en la intimidad de la recámara de enfermo de Proust, al oírlo evocar esos "ruidos de París" que cautivaban y obse-





sionaban al novelista, y que tan a menudo reaparecían en sus charlas? ¿Alfonso Reyes conoció en París a Ramón Fernández, entonces uno de los críticos más prominentes de la *Nouvelle Revue Française* y con el que tenía algunos amigos en común, en especial Jean Pré vost? ¿Le habló a Reyes del paralelo que era posible establecer entre uno de sus ensayos y ciertas páginas de *La Prisonnière*? Cada vez que Ramón Fernández volvía a esta comparación, Reyes decía que, si bien todo era posible, nada era seguro, pero que, como quiera, se encontraba "extraordinariamente halagado por ese acercamiento".

Llevado por la lectura de Proust, una vez instalado en Francia, Reyes sintió la curiosidad de frecuentar a los representantes de la nobleza con el objeto de verificar si esas extensas y poéticas novelas, bajo cuya seducción se encontraba, eran también documentos psicológicos dignos de fe. Conocer a sus descendientes era de algún modo entrar en contacto con aquellos que habían tejido la prestigiosa historia de Francia en el *Ancien Régime*. El americano que había en Reyes ardía en deseos de acceder a esos misteriosos medios, quería apreciar por sí mismo esa delicadeza, tan famosa, ese refinamiento que la aristocracia francesa traía en la sangre, esa soltura infalible en los actos y las palabras que, se decía, eran perceptibles en los más menudos gestos de la vida diaria, así como en las fastuosas recepciones de esos franceses de gran raza. La espontánea sencillez que se suponía podían permitirse esos nobles de verdad, sin perder por ello su *chic*, era un enigma para los mexicanos, cuyas buenas maneras se sentían siempre un poco alambicadas. ¿Tal superioridad hereditaria era posible en el seno de una familia, de una clase social, de una casta, de una raza? Alfonso Reyes, según se ha visto, nunca perdía de vista los problemas de México surgidos a resultas del mestizaje. El Faubourg Saint-Germain —tema literario por excelencia y que había inspirado a Balzac y a Jules Barbey D'Aurevilly antes que a Proust— tenía para los curiosos ojos de don Alfonso numerosos atractivos que se mezclaban con recuerdos familiares de la alta sociedad mexicana, que los suyos habían frecuentado en los tiempos en que el General Reyes se había desempeñado como ministro de Guerra. Las familias patricias de América, ¿no estaban ligadas a esa sangre azul por múltiples amistades y numerosos matrimonios? Por otro lado, desde que Proust había escrito sus libros la guerra había rasado fortunas y mentalidades. En virtud de su candor y de su riqueza a los nobles amigos de Swann se les había ahorrado en otros tiempos la preocupación de conocer el valor del dinero. En la holgada afluencia de la preguerra, estos adeptos del ocio sólo imaginaban a su amante adornada con las más exquisitas joyas parisinas y sólo concebían su residencia iluminada por el fulgor de los más hermosos muebles antiguos. Sus vacaciones transcurrían en un famoso

castillo de Baviera, rentado a ese exclusivo efecto. Y Reyes se preguntaba cuál había sido la suerte de esa humanidad dorada en las transformaciones que traía consigo la posguerra... ¿Esta casta podía tener esperanzas de vida en el cosmopolitismo actual de París? La idea de servir a su patria y de ponerse al servicio de las otras clases, ¿había siquiera rozado a estos aristócratas transformando su actitud? ¿Podían conservar su despreocupación cara a las nuevas dificultades de la vida y mantener su tren de vida con los nuevos precios de las cosas?

Fue pues con una afilada curiosidad que Reyes conoció, en las carreras, de las que, buen mexicano, era gustoso asiduo, o en los salones, a ciertos representantes de la aristocracia francesa. La rubia señora de Clermont-Tonnerre contaba entre sus ancestros al hombre que había robado su amante a Racine. Nacida en una familia que había dado mariscales de Francia y prelados, entre los que se contaba el Cardenal de Retz, ella había conocido bien a Proust y a Montesquiou, quien solía visitarla en la calle Reynouard, le gustaba hablar de ellos, y precisamente en 1925 acababa de publicar con el sello editorial de Cres su acopio de recuerdos Robert de Montesquiou et Marcel Proust. Reyes se topó con ella en las reuniones literarias y, convertido prácticamente en su vecino, pronto se hizo su amigo. Otros más pudieron hablar a Reyes de esa comedia mundana: Jacques de Lecretelle, quien había sido uno de los mejores amigos de Proust y al que el novelista dedicó esas páginas admirables donde explica las "claves" de su novela. Robert Pellevé de la Motte-Ango, marqués de Flers, quien fue compañero de banca de Proust, y luego su amigo, en los tiempos del Liceo Condorcet, volvió a presidir algunos banquetes en reuniones franco-americanas. Advertido del valor de su público, preparó desde entonces sus discursos, y Reyes pudo caer bajo el encanto del ingenio y de la conversación de quien, desde L'habit vert (1912), Ciboulette, Les Vignes du Seigneur (1923), y Les Nouveaux Riches (1925) representaba el chispeante *Esprit* parisino. El ministro de México también fue recibido en casa del Conde y de la Condesa de Fontenay, a quienes había conocido en la embajada de Francia en España. Acompañado de doña Manuela, los visitó varias veces en Versalles, y juntos frecuentaron a la nobleza negra de Francia y España. El importante movimiento diplomático de 1924 que costó al conde su puesto en París no estuvo exento de motivaciones políticas, y la condesa no dejaba de estar un

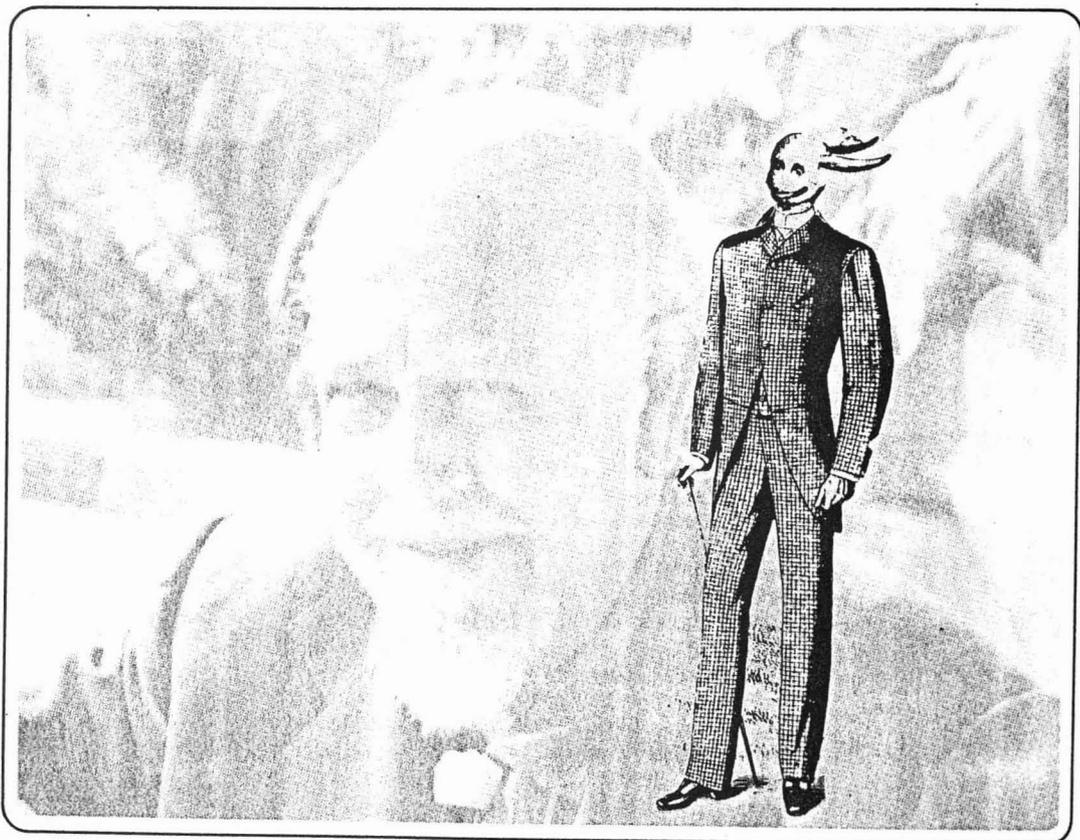


poco resentida por ese prematuro cambio de situación. Citaba nombres de quienes habían podido empedrar el camino de su marido. El retrato de la señora Fontenay que confía Reyes a su *Diario* es el esbozo y quizá el plan de una pintura de la nobleza francesa de la posguerra, de un texto "a la manera de Proust". La señora de Fontenay debió haber sido mujer de gran belleza, pero traía a las mientes a aquella duquesa descrita por Marcel Proust. Lejos de hurtar el cuerpo a sus deberes durante la guerra, la nobleza francesa volvió a encontrar una de sus tareas tradicionales, y supo pagar con generosidad los aranceles de la sangre. Los dos hijos del matrimonio Fontenay habían caído en el campo de batalla, pero a Reyes le molestaba profundamente oír hablar de esos muertos de una manera "mecánica y profesional". ¿Era eso una falta de sensibilidad? Quizá en un salón no era de buen tono expresar sentimientos demasiado personales o aflicciones excesivamente profundas. Así, el personaje de marras era verdaderamente "proustiano", y Reyes le hizo un retrato despiadado, afortunadamente mitigado por un procedimiento caro a Proust, la evocación poética del paisaje que se admiraba en el camino de vuelta a París.

Si Alfonso Reyes no comentó *in extenso* la se-

ducción de algunas descripciones de Proust, al menos se puede estar seguro por la delicadeza de su *pastiche* de que era plenamente sensible a ellas.

El Conde Boniface de Castellane, nieto del mariscal de Francia, sobrino nieto de Talleyrand, además de llevar un gran nombre fue un varón deslumbrante durante su juventud. Extraordinariamente dotado, lleno de aplomo, podía aspirar a numerosas carteras diplomáticas y políticas. Al contraer nupcias con Anna Gould hija del rey norteamericano de los ferrocarriles, había pasado a ser uno de los hombres más acaudalados de Francia. Las fiestas que entonces ofreció fueron por demás suntuosas, cubrieron las calles de París de costosas alfombras y envolvieron durante algunas horas a los invitados en un escenario digno de las mil y una noches. Pero, según las palabras de Reyes, "se había desperdiciado". Al día siguiente de la guerra, Boniface de Castellane se convirtió en uno de los adornos de las famosas veladas del modisto Paul Poiret. Su extravagancia no conoció límites. Se contaba a Alfonso Reyes que durante un baile de disfraces apareció Boni enfundado en una escafandra leyendo *L'Intran* a la luz de una esponja. Su fantasía, su buen humor hicieron del Conde una silueta familiar de París en los tiempos del *Boeuf sur*





le toit. Su generosidad lo había vuelto popular en todos los medios. Reyes conoció a Boní cuando abandonado por la rica heredera, vivía ya desde hacía años sin fortuna. Con ánimo resuelto, daba la cara a la pobreza, y se había descubierto vocación de decorador y de anticuario sacándole tanto partido a los tesoros de su fantasía como a sus conocimientos artísticos. Boniface había recubierto de sedas de color su minúsculo apartamento de la calle de Lille y había revestido de espejos el comedor para crear la ilusión de espacio. Gajo de la leyenda parisina, continuaba compartiendo su mesa con los grandes de este mundo, escritores, actores, príncipes y diplomáticos. Gabriele D'Anunzio fue su invitado por aquella época, y Reyes tomó parte, por lo menos dos veces, el 15 de enero y el 19 de marzo de 1926, en esas cenas con velas en compañía de huéspedes ilustres y de *intérlopes* curiosamente mezclados, como Becq de Fouquières, Rodolfo Valentino en tiempos de *Monsieur Beaucaire* y Reachie. En una atmósfera de bombonera de lujo, Boní recibía a sus invitados con la cabeza vuelta hacia atrás y el talle erguido, sin que nadie pudiese decir si esa rigidez era una reminiscencia de *Monsieur de Phocas* y de Swann o una secuela del ataque cerebro-espinal que acababa de atacar al buen septuagenario. En su delgado bigote brillaban hilos de plata, sus ojos eran fríos, y a Reyes le venía a la memoria Monsieur de Charlus, aquel personaje de Proust para el que, se decía, Boniface de Castellane había servido de modelo... La conversación en esas cenas era para Reyes una delicia. Le encantaba el gusto de su anfitrión, quien gustaba de lo antiguo y aceptaba lo moderno. Apareció como un hombre de gusto y discernimiento. Eran implacables su puntería y precisión. En las preferencias de Boniface de Castellane, en sus juicios y críticas, Alfonso Reyes distinguía esa lógica y ese arte del *décor* que sólo pertenecían a Francia. Boniface era dueño del sentido más íntimo de los estilos, de un sentido de la línea y del dibujo fundado en dos o tres ideas que por sí mismas daban la ley de la simetría y del equilibrio.

Su elección y rigor daban justa cuenta de la seguridad de su eclecticismo. De este modo, Boniface de Castellane, gran amante de París, cautivado espectador de sus amplias perspectivas, criticaba sin cortapisas la abertura de los Inválidos que era a sus ojos una equivocación, una desviación inoportuna en el gran desfile de París que rompía la línea ascendente de los Campos Elíseos... Nadie se equiparaba a Boní cuando de disponer jardín a la francesa se trataba, cuando era cosa de planear un sa-rao a la francesa o de arreglar el interior de un castillo. "Entonces todo el oro del mundo es poco para realizar el prodigio." Reyes admiraba su inimitable tacto para armonizar los tonos y proporciones de un conjunto. En el jardín, le habría gustado dar otro acomodo a los contornos del paisaje y aun al color que flota en el aire. En política, Boní no

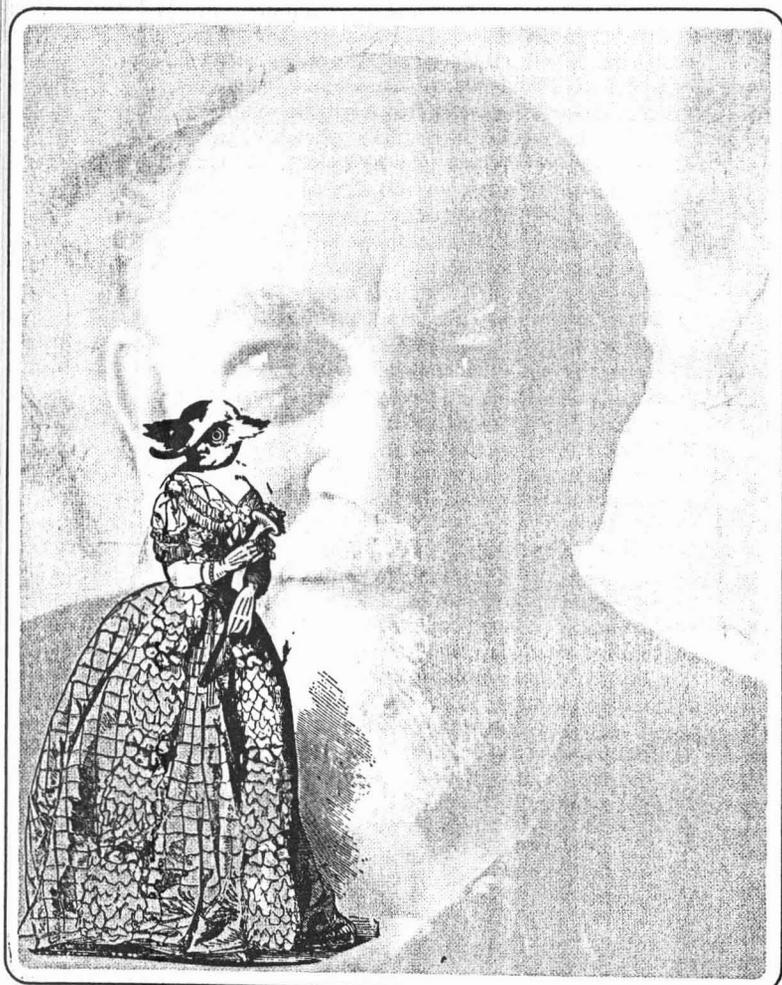
era menos clarividente. Al igual que Reyes, dábase cuenta de las consecuencias del tratado de Versalles y veía que la nueva Europa estaba "llena de guerras".

El libro que publicó Boniface de Castellane y que don Alfonso leería con tanta mayor precipitación cuanto que el título le era particularmente atractivo, vino a disipar, como una varita mágica, todas sus ilusiones y a cubrir con una oscura pátina el resplandor que a sus ojos tenía el personaje. Para Reyes, el título del libro *Comment j'ai découvert l'Amérique* significaba en realidad cómo abusé de América. Allí Boní juzgaba con ojos de superioridad a los americanos, incapaces, según él, de distinguir el matiz, de juzgar la calidad, apenas aptos para evaluar números y cuantos. Deploraba que su norteamericana cónyuge no hubiese sabido apreciar el lujo de que la había rodeado, las fiestas celebradas en su honor. Era así como el placer neroniano de iluminar París durante algunas horas podía subrogar, entre los franceses excesivamente cerebrales y estetas, la lágrima de una mujer caída en cárcel de seda y plumas... Reyes no dudaba que Boní hubiese sabido envolver a aquellos hombros con las telas más hermosas. Pero rodearla de cabezas tocadas por coronas, ¿era eso la felicidad? Esos príncipes quizá sólo eran bobos, y ese cúmulo de bailes, conciertos, pirotecnias y fuentes no había podido remplazar en su corazón la intimidad del alma, la sensibilidad del corazón que él había olvidado. Boní, quien había sido amigo de Marcel Proust, era "en verdad un personaje de Proust", pues no tenía ni corazón ni alma. Esta sequedad, esta insensibilidad representaban entre los franceses una insensibilidad tan grave como la vacilación de las norteamericanas ante un color o una forma. "Oh, Europa incorregible, ¿eres tú la que acusas a América de no saber distinguir los matices?" Inspirado por su desilusión, Reyes consagró entonces a este gran señor un ensayo-poema donde cada estrofa abre con "Boní", ese diminutivo familiar que corría en labios de todo París. No sin algo de cálculo y malicia, Reyes puso esta pequeña obra maestra, mezcla de admiración y severa clarividencia y que durante mucho tiempo guardó en sus cajones, cerca de las páginas dedicadas al autor de *Du cote de Chez Swann*. () A partir de ese momento, el prestigio de Boní y el de los de su casta resultó sospechoso para Reyes. Como muchos otros, había desposado a la sajona movido por el interés y sin ningún amor. Era así como en esta élite de corazón





tan duro el dinero justificaba todos los matrimonios. ¿El Fabourg Saint-Germain no había comenzado a interesarse en Gilberte Swann a partir del momento que se la había reconocido heredera absoluta de los 80 millones de una vieja pariente? Entonces esos cínicos habían olvidado que era hija de un snob. Hasta Odette de Crécy, que se había enriquecido, se puso de moda en el gran mundo que la consideraba "inteligente". La nobleza tenía costumbres vulgares, "llenas de engaños" (pleines de trompagnes). Entre los nobles la moral era inexistente. Proust tenía razón y la aventura de Boní probaba la veracidad de sus caricaturas. En realidad, nada distinguía a los auténticos aristócratas de los arribistas y nuevos ricos. Un detective pagado por Ana Gould había podido vivir en casa de los Castellane haciéndose pasar ante Boní por un aristócrata: jugaba con la misma facilidad que éste al bridge y al polo y se comportaba con la misma desenvoltura en los salones. Ahora Reyes consideraba a Boní un



ser absolutamente despreciable que iba vendiendo por las librerías la historia de su vida conyugal para "rebañar hasta el fondo la cazuela". Servía de intérprete y de guía en París a las viejas norteamericanas "para darles gato por liebre en las casas de antigüedades". Su cultura sufría las clásicas limitaciones francesas: no entendía nada de Italia y de España. Era difícil, decía Reyes, acumular tantos errores y vaciedades en tan pocas páginas, sobre todo cuando se ponía a hablar de las artes en los países meridionales. A don Alfonso se le revolvió la sangre cuando lo oía denunciar, a propósito de las corridas de toros, "la crueldad catalana". Las actitudes de Boní no podían ilustrar mejor esa insensibilidad relativa, esa "indiferencia francesa" que no deja de asombrar a los americanos y que probablemente también Reyes tuvo que sufrir. *Comment j'ai découvert l'Amérique* había matado en don Alfonso "las últimas esperanzas que fundaba todavía mi respeto histórico en eso que todavía llamamos la aristocracia"; lo ayudó a deshacerse de la falaz seducción que ejerce nuestro gran mundo, de la hipotética superioridad de la aristocracia francesa y de la existencia de otra especie. En un áspera frase que evoca las amargas imágenes de Proust y que trae a la memoria el estilo de Montaigne —¿pero no es éste maestro de aquél?— Alfonso Reyes expresa sus conclusiones sobre "la aristocracia más rancia de la tierra (que) puede llevar de la rienda y servir de palafrenero, en el paddock a su jockey triunfante: el caballo estima con razón que arriba y abajo de la silla dos animales de la misma casta lo acompañan". En virtud de una tentadora extrapolación, dudar de la aristocracia equivalía a cuestionar la supremacía de Europa, "esa aristocracia del mundo" que extraía su prestigio de su pasado y de su historia. La vergüenza de una guerra primitiva, las dificultades económicas de la posguerra, la crisis de los valores morales revelaban a todos los espíritus alertas la debilidad del Viejo Continente. La superioridad europea ya no era más que una "ilusión perdida". Era ese un saldo que solía ser objeto de comentarios en el entorno parisino de Reyes, que fue también el de Paul Valéry de *Regards sur le monde actuel*. El abuso del ingenio (l'esprit) había alterado la especie embotando la precisión de los sentidos o menguando la sensibilidad del corazón. El porvenir parecía pertenecer a pueblos intactos, como los de América o en Europa, quizá, a nuevos tipos de hombre, hombres de acción o de audacia, como los aviadores, o bien hombres de "buena voluntad" es decir animados por el deseo de dedicarse en cuerpo y alma a la comunidad y de mejorar su suerte. Ahí también Reyes coincidía con Proust, a quien le encantaba visitar los aeródromos, pues él también veía en el piloto aviador la imagen moderna de la libertad y en el ejercicio físico el símbolo de una nueva emancipación. ¿No había sembrado en su bien amada Albertine la pasión de todos los deportes? □

